

El Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 2 DE FEBRERO DE 1862.

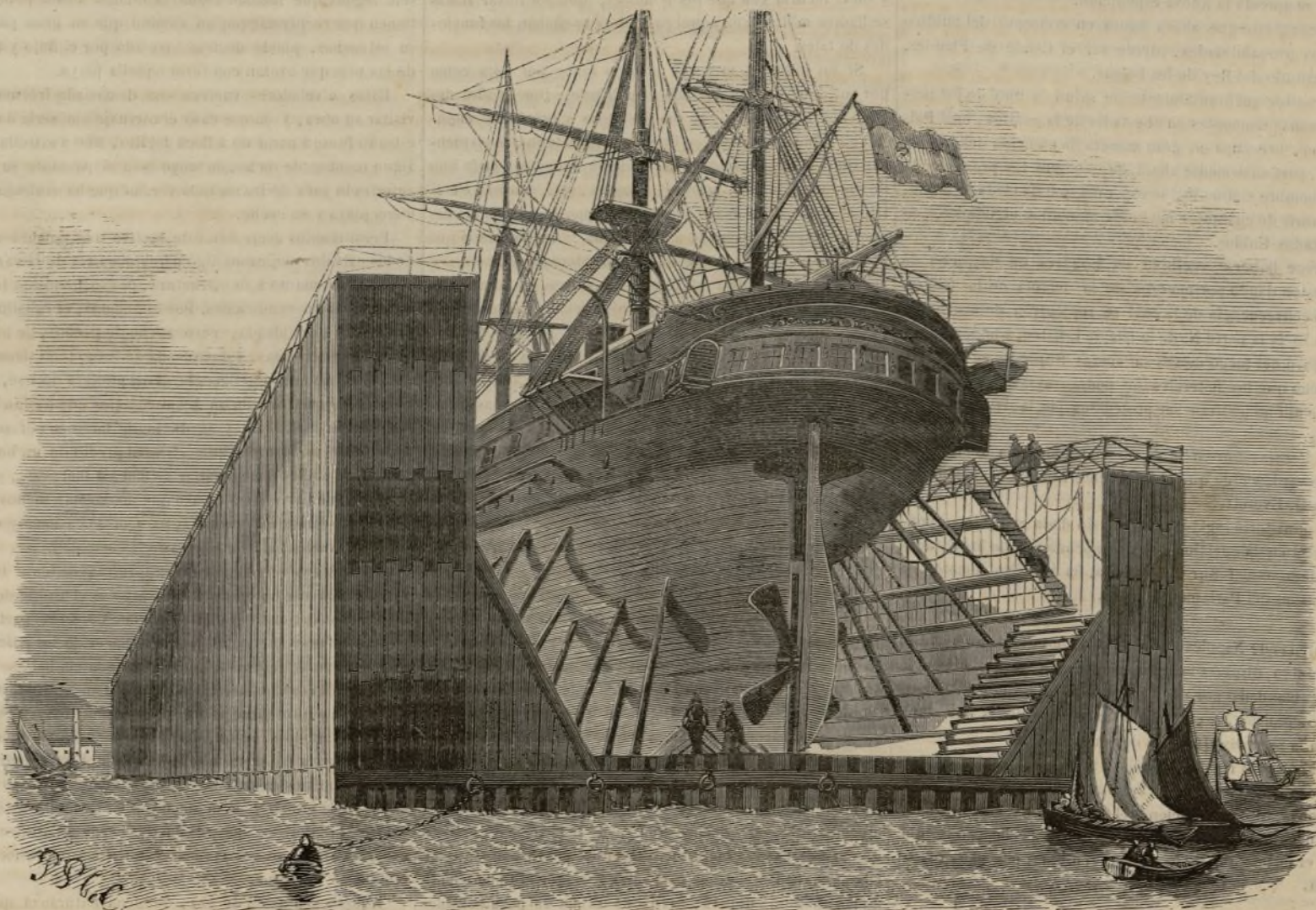
NÚM. 117.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Dique flotante que se está construyendo en Londres para la marina española.—Corte del dique ídem.—Momia de un guerrero de la tribu de los Coroados (Brasil).—Tipo de un Jefe de dichas tribus.—Tipo de un Jefe de las

tribus guerreras de los Botocudos (Brasil).—Silla de guerra del Cid Rui-Díaz de Vivar, existente en la Real Armería de Madrid.—Palacio de Zurita, en Santander.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Veracruz.—Patagonia.—Ensayo sobre el carácter, costumbres y espíritu de las mujeres en las diversas épocas históricas.—Una triste epopeya.—Sueños.—Novela.—Advertencia.—Condiciones.



Dique flotante que se está construyendo en Londres para la marina española. (Véase pág. 59.)

T. IV.

5

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



OTRA vez vuelve á tratarse en los círculos políticos de París y Londres de la próxima reunion de un Congreso que resuelva definitivamente las grandes cuestiones, cuya resolucion es de temer que por último fuese encomendada al fallo de las armas. Estos rumores, uniéndose por una estraña coincidencia con las amenazas de próxima guerra que lanza á Italia la *Gaceta de Verona*, hacen sospechar á los maliciosos que nunca ha corrido mayores peligros la paz que ahora que al parecer se desea sostenerla á toda costa.

Para distraccion de estas ideas, que, como envueltas en los profundos misterios del gabinete, fatigan demasiado el ánimo sin traer en pos de sí ninguna aclaracion, los políticos han hecho presa del proyecto de reforma económica presentado por M. Fould. Todos convienen en que su sistema introduce mucha claridad en los presupuestos, y aplauden la exactitud de su aplicacion. El sistema, por decirlo de una vez, sería objeto de universal aplauso en todas sus partes si en él no se propusiera un aumento de la contribucion que versa sobre los artículos de primera necesidad.

Como complemento de los refuerzos que últimamente se suponian dispuestos para la expedicion á Méjico, se dijo que irían acompañados del Archiduque Maximiliano, propuesto como candidato para el trono de Méjico. Esta última noticia se ha desmentido, dando ocasion á nuevas conjeturas, porque es realmente inmenso, segun dicen los últimos despachos telegráficos, el movimiento que se nota en los puertos donde se apresta la nueva expedicion.

El candidato que ahora figura en concepto del público con mas probabilidades, parece ser el Conde de Flandes, hijo segundo del Rey de los belgas.

El visible quebrantamiento de salud de uno de los personajes mas eminentes en el estadio de la política, lord Palmerston, preocupa en gran manera la atencion del pueblo inglés, particularmente ahora que, segun las promesas de aquel hombre eminente, se esperaba que no tardaria en hacerse abrir de cualquier modo los mercados algodoneros de los Estados- Unidos.

Parece haberse recibido en Londres un despacho de Charleston dando pormenores de la derrota de los federales, á consecuencia de la cual se replegaron desordenadamente hácia la parte N. de la isla de Ediston, á ponerse bajo el amparo del fuego de sus cañoneras. Supónese en el mismo despacho que los federales no podrán avanzar al interior, porque allí no podrían ser protegidos por la artillería de su marina.

El *Morning-Chronicle* da como probable la dimision de Mr. Seward, y cree que el Presidente Lincoln lo reemplazará con M. Everett.

El ministerio inglés, deseando sin duda evitar su responsabilidad en la cuestion del reconocimiento de los Estados confederados del Sur de América, ha resuelto someterlo á la decision del Parlamento.

Noticias de Nápoles, comunicadas por el telégrafo, dicen haber sido dispersada con pérdida de 24 individuos la partida mandada por un tal Gargano. La pequeñez de este suceso confirma las poco importantes variaciones que ocurren en la precaria situacion de aquel país.

Francisco II remitió donativos á la municipalidad de Torre-Greco á fin de remediar en algun modo los daños causados por la última erupcion del Vesubio. La municipalidad se ha negado á admitirlos, y lo mismo ha hecho con los que para el mismo objeto le fueron remitidos por el Cardenal Sforza.

A la Cámara de Señores ha presentado el Ministro de Guerra prusiano un proyecto, modificando las ordenanzas

de 1814 sobre el servicio militar. El Ministro enumera largamente las ventajas que se promete del nuevo sistema, en especial, por lo tocante á la segunda clase de la Landwerh, cuyo servicio, segun el nuevo plan propuesto, no ha de pasar de tres años.

A las noticias que acerca de la guerra de los Estados- Unidos hemos dado con referencia á despachos recibidos en Londres, hay que añadir no ser por fortuna tan completa como se habia supuesto la inutilizacion del puerto de Charleston. El vapor *Ella-Warley*, habia conseguido forzar la entrada, y por consiguiente no puede dudarse que solo uno de los pasos de dicho cuerpo habrá sido el obstruido por la escuadra americana.

INTERIOR.

El comportamiento de nuestros soldados en Veracruz, segun las noticias oficiales que sigue publicando la *Gaceta*, era tal, que se halla disipada ya casi del todo la prevencion hostil que se habia procurado escitar contra los españoles antes de su llegada. El estado sanitario de la tropa seguia tambien siendo muy satisfactorio, y las buenas condiciones de los edificios que sirven de cuarteles, la escelente calidad de los víveres que se reciben de Cuba y hasta la misma agradable temperatura que allí se disfruta en la presente estacion, dan seguras probabilidades de que continuará largo tiempo disfrutándose de igual beneficio.

Las fuerzas mejicanas conservaban una situacion pacífica á distancia de cuatro leguas de aquella ciudad.

Una de las buenas cualidades militares que los mismos habitantes de Veracruz manifiestan reconocer en nuestros expedicionarios, es el celo con que desempeñan el servicio. Nuestros soldados, allí como en todas partes, saben cumplir como deben con los preceptos de la ordenanza; de consiguiente la admiracion de los mejicanos puede explicarse, diciendo, que nacerá de la comparacion de la exactitud habitual con que ven hacer el servicio á la tropa española, y de la incuria con que los hombres, que por llevar armas se llaman militares en aquel país, desempeñaban las funciones de tales.

Si los soldados merecen aplauso tanto por esta como por sus demás recomendables cualidades, ¿qué podrá decirse del General que con sus ilustradas y previsoras medidas ha sabido mantener en buen concierto todos los elementos de la administracion civil, haciendo funcionar cada uno de los ramos de esta, correos, aduanas, etc., con una exactitud y armonía desconocidas hace tiempo en un país tan espontáneamente entregado á la anarquía? Ancho campo nos abriría este asunto para delicadas consideraciones, pero nos abstenemos de entrar en él para no vernos en el caso de anticipar aplausos, por mas que los hechos ya consumados pudieran justificarlos.

El total de cañones hallados en las baterías de la plaza de Veracruz y castillo de San Juan de Ulúa, ha sido de 110, 76 cureñas, siete morteros y dos pedreros. Todas las piezas son de hierro; se hallan en muy buen estado de servicio, y sus calibres en la mayor parte son de 4 0m, 15 y 0m 21. Las cureñas están muy bien conservadas y todas son del sistema Plover en sus correspondientes correderas.

Los periódicos de Manila nos traen la siguiente carta, que insertamos con sumo placer.

Dice así:

«El 17 al amanecer tomamos la fortaleza mora á quien ellos llaman Cotta, despues de tres horas de un nutrido fuego de fusilería y bastantes disparos de cañon con granada: dimos el abordaje con nuestros buques á la Cotta, y las tropas el asalto por tierra. Digo abordaje, porque con toda máquina embarrancamos en la misma estacada del fuerte y metimos dentro de él el botalon de foque, que fué por donde saltamos á los muros de la Cotta al grito de: ¡viva la Reina! Nos ha costado tomar la dicha Cotta, algunos hombres muertos y unos 60 heridos; entre los muertos se cuenta á dos Tenientes del Ejército, y heridos un Comandante de Ejército, el Teniente de navío Malcampo, y el Comandante de la cañonera núm. 12; pero este último de poca consideracion.

Los que padecieron bastante fueron los cañoneros, y en

particular el cañonero 5, que recibió un balazo en su máquina, habiéndole causado bastante avería.

El enemigo perdió en el combate mas de 200 hombres; el fuerte estaba bien fortificado: tenia 4 cañones de 6 y de 4, 27 lantacas de varios calibres y se cogieron tambien muchas lanzas y campilanes; dentro del fuerte habria como 300 moros, y fuera muchos y grandes grupos.

Nuestra fuerza por tierra ascendia á unos 500 hombres de los regimientos 4 y 6, y por mar los buques siguientes: *Constancia*, *Valiente*, cañoneras núms. 5, 12, 13 y 18; cinco falúas y tres trasportes de la clase de bergantines-goletas.

La Cotta tenia de elevacion en estacada 25 piés, y de espesor dos varas en sus muros: estaba forrada toda de gruesa estaca de coco: así es que nuestras balas quedaban embotadas y no causaban el daño que queriamos; por eso tuvimos que dar el abordaje, pues de otro modo no la hubiéramos tomado.

Ahora estamos como á unas tres millas de la Cotta río arriba, á donde se está haciendo un fuerte para dejar una guarnicion de 200 hombres.

La Cotta se ha destruido completamente toda para que no vuelvan á fortificarse otra vez.»

En el próximo número daremos planos y láminas de este brillante hecho de armas.

F. M.

VERACRUZ.

(Conclusion.)

Conocidas las condiciones topográficas de la ciudad que estamos describiendo, parece ocioso el decir cuán grato será para el que allí reside salir momentáneamente á respirar el ambiente mas fresco y mas puro de la campiña. Ese es en efecto uno de los mas anhelados placeres de los extranjeros detenidos por sus negocios en el recinto de Veracruz.

El punto á que con preferencia suelen dirigirse en tales escursiones, es una linda aldea india denominada *Boca del Río*, en la margen derecha del Medein. Por desgracia, las seis leguas que median desde la ciudad á esta poblacion, tienen que recorrerse por un camino que en gran parte de su estension, puede decirse nivelado por el flujo y reflujo de las olas que azotan con furor aquella playa.

Estos niveladores vuelven con demasiada frecuencia á visitar su obra, y en ese caso el carruaje no sería del todo estraño fuese á parar no á Boca del Río, sino á estrellarse en algun monton de rocas, en cuyo caso el paseante se vería autorizado para decir con toda verdad que ha naufragado en plena playa y en coche.

Permitásenos decir con este motivo una palabra acerca de los caballos mejicanos algo parecidos á los de la raza árabe, sino en cuanto á su estructura, por lo menos en lo concerniente á sus condiciones. Por lo general, el caballo mejicano es de poca alzada, pero ancho de pechos, de piernas delgadas y nerviosas, y de mirada de fuego; no tiene á pesar de eso aquella inteligencia, si así pudiera decirse, aquella nobleza que caracteriza á los corceles que pastan en las llanuras de la Mitilja, y se distingue tambien por ser mas corto y de mas carnes que estos. El precio de un hermoso caballo en Méjico, suele variar de 800 á 1,000 pesos, y es de advertir que hay mulas de paso que no cuestan menos.

Pero dejemos estas noticias para otra ocasion, y vengamos á la graciosa aldea, objeto de la escursion.

A la margen derecha de la pintoresca corriente del Medein, estiéndose entre frondosos árboles el grupo de casas construidas de juncos y cañas que dan por todas partes entrada á la fresca brisa con singular placer de los pulmones, que á fuerza de respirar el ambiente de la ciudad, se daban ya por medio calcinados. En medio del cementerio inundado de flores y protegido por un blanco muro, se eleva una iglesia de graciosa forma, pero de dimensiones demasiado pequeñas para detenernos en clasificarla. En obsequio de la verdad, no nos cansaremos de decir que el conjunto de las casas, de la iglesia y de la localidad en general, es el mas acorde y pintoresco que se puede imaginar, sobre todo, cuando todavia se conservan recientes las impresiones recibidas en Veracruz.

Aquella sensacion de paz, de bienaventuranza que embriaga el ánimo al fijar la vista en el brillante follaje de los árboles, en las ondas cristalinas del Medein y en el blanco

muro que protege el sagrado recinto, no pierde por cierto nada de su dulzura al penetrar en alguna de aquellas campestres habitaciones, donde la cordialidad mas amable y el afecto mas expresivo se apresuran á dar la bienvenida al paseante. No hay puerta que no se abra á la hospitalidad, ni hay dueño de casa que no se brinde con sus servicios con gran despecho del *posadero*, que hace allí el mismo papel que algunos funcionarios en los elevados puestos de su república. En aquel oasis mejicano la *posada* es una mera fórmula, es un establecimiento puramente tradicional, frecuentado únicamente por algun misántropo inglés que desea tener derecho de pagar y quejarse.

¿Quién ha de quejarse en efecto al entrar en una de aquellas campestres habitaciones, donde todo respira amabilidad, pulcritud y orden? Un espejo, una imagen de la Virgen, algunos frascos de cristal llenos tal vez de medicinas ó de líquidos aromáticos, una estera de junco, una hamaca, algunos bancos de madera de cedro, tal es el mobiliario de la mayor parte de aquellas casas. Sin embargo, toda esta, si se quiere pobreza, ¿qué de dulzuras no tiene, sazónada con el atractivo de la localidad y la amable sencillez de los habitantes!

Con sentimiento dejamos de hacer la descripción de una deliciosa excursión sobre el Medin, para decir dos palabras acerca del castillo de San Juan de Ulúa, tomando por base lo que acerca de este fuerte dice un Oficial inglés.

«Quien desee formarse una idea, esclama aquel celoso militar, condoliéndose de ver tan mal parada una joya de su profesion, de la apatía, de la incuria, de la imprevisión de los mejicanos, no tiene mas que solicitar del Gobernador militar de Veracruz permiso para visitar el castillo de San Juan de Ulúa. No tema que para reconocer escrupulosamente ese vasto edificio se le susciten diestramente obstáculos de ninguna especie. ¿Sois el misterioso agente de un gobierno que furtivamente va preparando elementos para un golpe de mano? No importa; el Gobernador os dará permiso para penetrar en el recinto, una vez dentro, nadie os impedirá medir el espesor de los muros, visitar los almacenes y haceros cargo de sus existencias.

La nota secreta que presentéis al Gobierno que os envía, puede ser la mas completa, la mas detallada de cuantas pueden redactarse en ese sentido. La escasez de detalles que forzosamente se echará de ver en vuestras descripciones de los fuertes de los Estados-Unidos, que solo habreis podido contemplar el exterior y á larga distancia, se indemnizará seguramente con la abundancia de pormenores que podeis tomar por lo tocante al castillo de San Juan de Ulúa: vuestra curiosidad puede quedar satisfecha, podeis medir, calcular, indagar. ¿Pero sobre qué vais á formar cálculos que puedan ofrecer algun interés para una nacion guerrera? No siendo materias análogas al gúano, nada encontrareis en aquel desolado recinto. ¿Sabeis lo que hace aquel centinela en el oscuro fondo de la hedionda escalera que conduce á los almacenes subterráneos? pues nada hace mas que el resto de la guarnición.... ¿Estar á la sombra!... ¿Y en esos hermosos polvorines á prueba de bomba, abundará tanto el elemento de la guerra como el agua en esos bien contruidos aljibes? Ni pólvora, ni agua, solo incuria, miseria, abandono, es lo que encontrareis en todas las dependencias del castillo.

¡Mirad sin embargo, la orgullosa mole, cuán poderosa se levanta sobre las olas, presentándoles sus cuatro frentes; reparad sus bien dispuestos arsenales, sus plazas de armas! Con razon podia llamarse protectora del golfo: contra esos muros contruidos al parecer por una raza titánica vomitarían en vano sus proyectiles los cañones rayados de una escuadra numerosa: solamente los siglos podrían desquiciar las enormes rocas que constituyen ese recinto militar.

Otra accion, sin embargo, mas funesta, mas activa que la lenta accion de los siglos, la incuria, la criminal apatía, la desidia, roe los cimientos de aquella fortaleza; quita toda solidez á la que debiera ser incontestable base del mejicano pabellon. El castillo de San Juan de Ulúa no es mas que un depósito de gúano.»

Tan amargas y sentidas eran las quejas que el celo de su profesion arrancaba al oficial inglés al contemplar el miserable abandono de aquella fortaleza. Sabido es que estas lamentaciones llamaron por lo sinceras la atención del Gobierno de la república: hicieron algunas restauraciones,

que en realidad no importaban, sino por las ventajas que podían reportar los presupuestos de las obras: se mandó por lo menos mantener despejado, esto es, limpio el recinto, y últimamente se montaron en estado de servicio las baterías, poco mas ó menos en la forma misma que han venido á parar á manos de nuestros expedicionarios.

Es de presumir que el Gobierno mejicano contestaría en secreto á las sentidas manifestaciones del militar inglés poco mas ó menos en estos términos: «¿Cómo he de ocuparme de las futuras contingencias que puedan ocurrirme por el golfo, cuando ni fuerzas tengo para proteger de bandidos á los extranjeros que desde Veracruz vienen á visitar la capital? Los bandidos que infestan mis llamados caminos nacionales son tan temibles como los asesinos que intimidan á los buenos ciudadanos en las calles de las poblaciones. Ni contra unos ni contra otros tengo fuerzas bastantes; mas bien diré: unos y otros me sirven en cierto modo. ¿Cómo he de ocuparme de lo que pueda venir por el golfo? ¿Para defender á Veracruz, no bastan por ventura sus arrecifes, sus olas borrascosas, y sobre todo su horrible *vómito negro*?»

Así contestaría, es de presumir, el Gobierno de Méjico, añadiendo tal vez alguna otra razon que omitimos por increíble, en especial por lo concerniente á ciertas contribuciones secretas satisfechas por los industriales de carreteras y encrucijadas. El cuadro político de aquel país quedaria con esta contestacion puesto á la mejor luz posible; mas como estamos lejos de querer aventurarnos en tan profundas tinieblas diplomáticas, tratamos de corregir lo vago de la suposición, refiriendo algunos hechos tales como los ha consignado á la faz del mundo M. Alfred de Valois en un libro recientemente publicado en París, y que hemos tenido muy á la vista en esta narración.

«Tenia intencion, dice, de atravesar el estado de Méjico para trasladarme á Guatemala; pero me refirieron tantas historias de ladrones; me hicieron ver tantos precipicios en el camino, que á mi despecho tuve que resolverme á mudar de itinerario.

«Anoto á continuación, sin clasificarlas, varias hazañas de los ladrones de Méjico:

1.º «Una señora inglesa, que desde Veracruz se encaminaba á Méjico juntamente con su marido y la doncella, fué detenida á unas pocas leguas de la Puebla. Quitáronle todo lo que llevaba, mataron su marido, violaron la criada, y cuando ya estaban para dejarla marchar, uno de los salteadores echó de ver que llevaba una sortija de valor bastante subido. Al punto la mandó que se la entregara; pero la pobre señora, por mas esfuerzos que hizo á fin de satisfacer la codicia de aquel malvado, no pudo sacar del dedo la sortija; la carne se habia hinchado alrededor de esta; y enseñando la mano al bandido, le dijo: Ya veis que no os la puedo dar. —Esperad, replicó el monstruo, voy á ayudaros á sacarla; y agarrando del puño á la señora, le cortó el dedo, y se lo devolvió despues de sacada la sortija.

2.º «Una famosa bailarina italiana, al volver de Méjico, fué detenida á diez leguas de distancia de esta capital. Los bandidos la despojaron absolutamente del vestido, y en esa situacion exigieron que bailase. La infeliz italiana tuvo que satisfacer el capricho de aquellos desalmados, y someterse á otras exigencias todavia mas penosas. Al día siguiente la recogieron unos pasajeros echada en medio de la carretera, y en el estado mas lamentable.

3.º «M. Adoue, comerciante francés, fué enteramente despojado, y uno de los salteadores quiso romperle la cabeza porque le encontró en el bolsillo un doblon que habia conseguido esconder.

«Cosa de nunca acabar seria, concluye diciendo, si tuviera que referir todos los robos y asesinatos que casi diariamente se cometen de Veracruz á Méjico. Por esa razon, los comerciantes que no alcanzan á contar con la proteccion del Gobierno, han tomado á buen expediente el entrar en negociaciones con los salteadores. Hay capitanes de ladrones á quienes se paga una especie de contribucion para que escolten los convoyes de mercaderías. Me hicieron ver un don Pablo, á quien el comercio ha dado el nombre de *Protector del camino*. Este honrado bribon es muy apreciado de los comerciantes, y estos se disputan á porfia el honor de sentarlo á su mesa.

«La justicia en aquel país es una verdadera irrisión. El dinero redime todos los crímenes, y en las cárceles no se

encuentran sino ladrones que han carecido de medios para sobornar los jueces; los testigos falsos, los malhechores, los asesinos de toda clase circulan libremente por las calles, recibiendo diariamente el saludo de autoridades, que carecen de fuerza y acaso hasta de probidad para mandarlos prender.»

Hemos trasladado de propósito testualmente las palabras del citado escritor francés, á fin de que nadie pueda tacharnos de parcialidad en las críticas circunstancias del momento.

F. M.

PATAGONIA.

(Continuacion.)

Largos periodos ocurren con frecuencia, en que el patagon se ve privado de poderse reanimar con el *ouñcaes pulcu* (bebida de los cristianos); no por eso deja de entregarse á su favorita pasion de la embriaguez, pues aunque la condicion del terreno le priva de ciertos frutos de que al parecer deberia estar dotado, le proporciona en recompensa otros dos muy curiosos; el *piquinino* y la *algarroba*, muy conocidos en América.

El primero, llamado tambien *trulca* es del tamaño de un guisante, de forma ovalada y de color encarnado ó negro: su sabor puede clasificarse como agradable y dulce. El arbusto que lo produce es sumamente frondoso, pero de hojas muy pequeñas y se hallan tan erizadas de espinas, que el cojer el fruto á mano seria una verdadera dificultad. Los indios han sabido vencerla, poniendo al pié del arbusto un cuero en el que van recogiendo la fruta á proporcion que cae de las ramas golpeadas con un palo.

La algarroba (*soe*) tiene la misma forma, pero es algo mas pequeña que el fruto producido en Europa por el árbol que lleva la misma denominacion.

Hé aquí los medios de que se valen para extraer de ambos frutos un licor que por sus propiedades narcóticas puede suplir, pero con muchas desventajas, al aguardiente.

Cogida la algarroba cuando está en sazón, es triturada entre dos piedras é introducida, hecha una masa, en una manga de cuero; cúbrenla de agua y dejan fermentar el licor todo el tiempo que juzgan necesario. La bebida que de aquí resulta produce fácilmente la embriaguez, pero acompañada de cólicos y de extraordinarias convulsiones. La algarroba, comida en su estado natural, tiene un sabor acidulado, y por de pronto muy dulce; pero luego se siente atacada la boca de una irritacion tal, que solo al cabo de algunos dias puede comerse sin dolor.

Sencillo es por demás el procedimiento que emplean para obtener un agradable licor del otro fruto, que segun hemos dicho, denominan *piquinino*. Limpiánlo de toda materia extraña, lo introducen en pequeñas mangas de cuero, y atándolas al caballo, consiguen trituitarlo por medio del rápido movimiento de este, y trasvasan por último el espeso líquido que resulta á otra manga capaz de contener una gran cantidad. Despues de verificada la fermentacion se obtiene un licor verdaderamente delicioso y de inofensivos resultados.

Observan los patagones dos grandes solemnidades religiosas; la primera durante el estío, en obsequio del génio del bien: la segunda en otoño dedicada á Houacouvou, agitador de los espíritus maléficos.

Los caciques indican á las tribus el día en que ha de celebrarse la primera de estas festividades. Cada cual se engalana á su manera del mejor modo que puede para asistir al solemne acto, y como sus galas son las prendas de vestuario que han robado en sus escursiones, resulta que la reunion de la tribu presenta por lo estragante, un conjunto cual ni la imaginacion mas cómica se podría figurar, particularmente al tratarse de hombres, cuya grave seriedad se mantiene inalterable, aun en medio del bullicio de la fiesta.

A la hora indicada aparecen á caballo todos los hombres de la tribu, formando una fila de cara á levante: fijan en correcta alineacion sus lanzas en el suelo, y echando pié á tierra reciben á sus mujeres, que vienen á colocarse paralelamente detrás de sus maridos, y dan principio al baile, ó mejor dicho, á un movimiento lateral parecido al de *marcar*

el paso. El cántico que entonan las mujeres, va acompañado de acompasados golpes de una pandetera, cuyo parche es una piel de gato montés pintorroteada de vivos colores, en tanto los hombres acompañan el movimiento cojeando en la pierna opuesta á la que mueve la mujer, y soplando con toda la energía de sus pulmones en un junco hueco que produce un horrible sonido.

Nada puede concebirse mas estravagantemente original, que el conjunto que resulta de esta discordancia de voces y monotonía de movimientos.

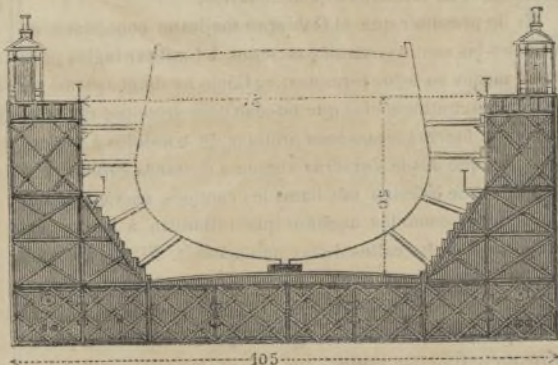
Toda esta fantástica línea desaparece á la señal del cacique que preside la fiesta, y que viene á ser como un grito de alarma dado en medio de la bulliciosa solemnidad. Los hombres saltan con la rapidez del pensamiento á caballo, y recorren con desenfrenada carrera tres veces durante aquel día todo el contorno del campo en que se celebra la solemnidad. En el intervalo de cada carrera, se visitan mutuamente para convidarse á beber algunos sorbos de leche corrompida, y conservada como sabroso bocado en una odre de piel de caballo. Al amanecer del cuarto día, se ofrece al génio del bien en sacrificio, un potro y un buey regalados por algun poderoso de la tribu. Derriban estas víctimas al suelo con la cabeza vuelta hácia Levante, y un hombre designado por el cacique les abre el pecho y arranca el corazón, que aun palpitante, es fijado en la punta de una lanza. La multitud se agrupa en derredor de las víctimas y con curiosa ansiedad contempla el raudal de sangre que brota de la ancha herida, y de ella deduce augurios, generalmente favorables, de la suerte que le espera en el porvenir. Hecho este sacrificio se retira cada cual á su morada y se da por terminada la solemnidad.

Durante la segunda, que, como hemos dicho, suelen tener lugar en octubre, y cuyo objeto es conjurar al agitador de los espíritus maléficos, se reúnen en masa todos los ganados de la tribu; los hombres, vestidos tambien de gala, forman en derredor una doble fila, y marchando constantemente en sentido contrario á fin de que ninguno de aquellos fogosos animales pueda escaparse, invocan á gritos á Huacouvou y derraman gota á gota leche fermentada que reciben de mano de sus mujeres, sin interrumpir su movimiento giratorio.

Después de haber repetido tres ó cuatro veces esta ceremonia, arrojan sobre los animales toda la leche que les queda, á fin de librarlos, segun dicen, de toda enfermedad; separa cada dueño su ganado, lo conduce á pequeña distancia del campo de la fiesta, y vuelve á oír la arenga que á toda la tribu dirige el cacique, exhortando con cuanta vehemencia le es posible á renovar las correrías contra los cristianos.

La demanda de matrimonio es para los patagones uno de los mas ceremoniosos actos de la vida, y aunque en realidad, segun sus rudas costumbres, la adquisicion de una mujer es semejante á la de otro objeto cualquiera que solo supone haber tenido medios para comprarlo, no puede menos de sorprenderse el observador al reflexionar en el origen á que podrian atribuirse las diligencias que practican en tales casos.

Después de obtenido en secreto el consentimiento de la jóven con quien el aspirante al enlace pretende unirse, pasa solemnemente á manifestar su propósito á todos los amigos y parientes, obtiene su beneplácito, juntamente con



Corte del dique que se está construyendo en Londres para la marina española. (Véase pág. 59).

algunos regalos, y reuniéndose todos al amanecer del día convenido, van durante la noche á emboscarse cerca de la morada de la novia, á fin de sorprender á sus padres al rayar la aurora y arreglar las cláusulas que han de facilitar su consentimiento.

Mientras que los parientes desempeñan esta misión en

los términos mas poéticos, y sin darse por resentidos de la repulsa con que por lo general son despedidos la primera vez, el novio permanece solo y alejado del lugar de la escena, por no profanar su amor con las palabras de mercantil interés que necesariamente habia de oír asistiendo á la conferencia. Si los parientes ven probabilidades favorables, vuela uno de ellos á prevenir al novio, y su presencia acaba de resolver la cuestion; pues poniéndose entonces á la vista los regalos de boda, queda vencida la codicia de los padres y les arranca su aprobacion. El resto del día se pasa alegremente en familia.

El novio mata por su propia mano una yegua bien gorda que las mujeres despedazan y condimentan en un instante. Ninguno puede separarse del banquete hasta que el animal ha sido completamente devorado y no quedan ya mas que la piel y los huesos, que, en memoria del suceso, son enterrados en un sitio conocido. Desde el punto en que esto se verifica, queda consumado el enlace, y todos los concurrentes acompañan á los recién desposados á devorar otro banquete en la habitacion que estos se hayan preparado.

El día siguiente é inmediatos se pasan comúnmente recibiendo visitas de curiosos que preguntan al marido las condiciones de la mujer, y á esta las del marido. Hay que advertir que la nueva esposa no tiene otro camino para merecer reputacion de buena y de amable en la tribu que es el hacer algun regalo á cuantos se acerquen á felicitarla, aunque sean enemigos personales.

Si después de algunos días de vivir juntos, no pueden los esposos establecer mutuas simpatías, nadie se admira de que se separen, y en este caso los padres de la novia devuelven los regalos, menos los que el novio tiene á bien dejarles como en testimonio de afecto.

En casos escepcionales en que la mujer solicita separacion á consecuencia de mal trato dado por el marido, los parientes de la ofendida se reúnen y arman para arrebatlarla de viva fuerza, y esto da lugar á enemistades sin fin, pues el marido, no solo pierde la mujer, sino las dos terceras partes de los regalos que le habia hecho al enlazarse.

Cuando el mal trato proviene de infidelidad por parte de la esposa, tiene el ofendido derecho de muerte sobre ella y sobre el agresor. Este último es por lo general el que sufre las consecuencias de la agresion, pues no se libra del poder del marido sino mediante un buen rescate que hace olvidar su atentado. Compréndense los abusos á que esta bárbara costumbre dará lugar.

Las tristes mujeres de los indios, ni aun durante el período de gestacion, se ven eximidas de ninguna clase de trabajos. Su tarea es incesante, en tanto que el hombre solo se pone en accion para la caza, la guerra ó contar el ganado. La mujer es la que planta ó deshace la tienda de campaña en que viven; la mujeres la que en las pacíficas correrías por las pampas lleva sobre sus hombros las armas y pertrechos de guerra del marido.

La existencia de todo recién nacido depende de la voluntad de sus padres, que impunemente pueden despojarlo de la vida ó conservársela, segun lo juzguen conveniente. Al llegar á los cuatro años de edad, época en que la madre deja de darle el pecho, se practica



Momia de un guerrero de la tribu de los Coroados (Brasil).

(La explicacion en el número próximo.)

con el párvulo una ceremonia, que en cierto modo podría considerarse como su bautizo. Esta ceremonia, á la que en efecto dan los patagones carácter de religiosa, aunque de ningún modo aciertan á explicar su significado, consiste en taladrar con un hueso de avestruz bien afilado las orejas del niño, manteniéndolo fijo sobre un caballo regalado por el padre y derribado en el suelo con las estremidades atadas mientras dura la operacion.

Una yegua hace, como en todas las fiestas de los patagones, las delicias de los concurrentes á esta ceremonia. Los parientes mas cercanos del niño se reparten entre sí las costillas del animal, y despues de roidas vienen á depositarlas á los piés del párvulo, comprometiéndose á hacerle algun regalo.

Para terminar esta ceremonia, el personaje que ha taladrado las orejas al niño, hace con el mismo hueso que ha servido para aquella ceremonia una incision en el cutis de la mano derecha, en el nacimiento de la primera falange del indice. La sangre que se derrama por esta pequeña y voluntaria herida, es ofrecida á Dios como sacrificio expiatorio.

Desde aquel día principian los padres á ocuparse con asiduidad de la educacion del hijo, que por lo regular al año siguiente ya se halla en aptitud de poder montar á caballo y ser útil á sus padres en la custodia de los ganados. A los once años se halla ya tan desarrollado como un europeo á los 25, y su completa instruccion en el manejo de la lanza, la honda, las bolas y el lazo le facilitan el tomar parte en todas las correrías y lances de la guerra.

Las mujeres forman tambien parte de estas expediciones, y mientras sus maridos se hallan empeñados en ellas, recojen con admirable presteza los rebaños si el caso lo exige, y ponen en seguridad los efectos de la tribu. Los guerreros que sucumben durante el combate, ó á consecuencia de heridas son enterrados sin ceremonia alguna, pero los que espiran bajo las tiendas, reciben por el contrario sepultura con toda la pompa que sus interesados pueden ostentar. Sobre su tumba, generalmente abierta en alguna eminencia, sacrifican no solo el caballo de batalla del finado, sino otras varias reses, creyendo en su salvaje supersticion, que han de servirle de alimento en el país de los espiritus.

Todos los demás objetos pertenecientes al difunto, inclusa la tienda bajo que vivia, son arrojados á la hoguera, para destruir de todo punto su memoria. Sin embargo, tiene que conservarse esta en las lágrimas que á su despecho ha de seguir derramando la viuda por espacio de un año, en cuyo periodo ha de vivir en compañía de sus padres, sin contraer otro enlace bajo pena de muerte para ella y para el que se atreviera á violar esta costumbre.

Tal es en su conjunto la pintura que acerca de los patagones han dejado trazada los viajeros que mas de cerca han tenido ocasion de observarlos. El feroz carácter que despliegan en sus correrías; la sangrienta animosidad con que á veces se fraccionan sus tribus; su increíble destreza en saberse procurar medios de subsistencia, ó la frugalidad con que sobrellevan su escasez, siguen siendo objeto de admiracion, y pueden fácilmente inferirse de la breve reseña que acabamos de hacer de sus costumbres mas sobresalientes.

F. M.

ENSAYO

SOBRE EL CARÁCTER, COSTUMBRES Y ESPÍRITU DE LAS MUJERES EN LAS DIVERSAS ÉPOCAS HISTÓRICAS (1).

(Continuacion.)

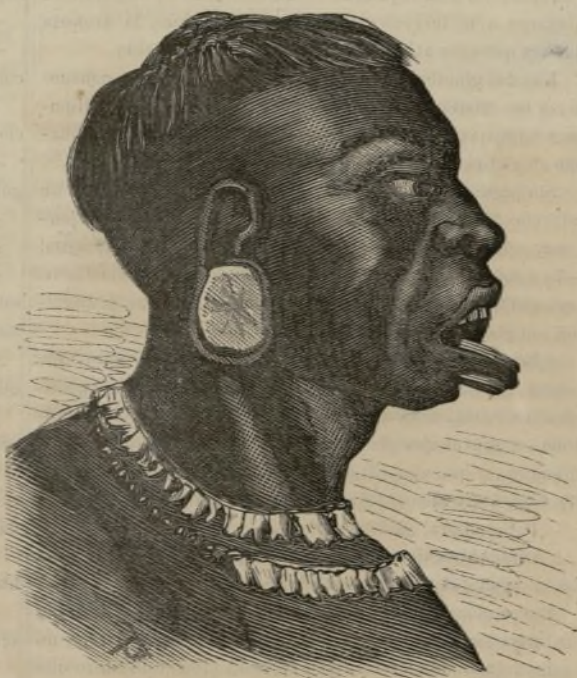
Solo á la sociedad le es dable desarrollar los atractivos del ánimo, y las mujeres de Atenas, no siendo las cortesanas,

(1) La circunstancia de habérsenos extraviado un manuscrito de donde tomábamos datos para la confeccion de los artículos que dedicamos á este asunto, nos hizo interrumpir su publicacion en el número 103; hoy, á fuerza de vivas diligencias, nos hallamos en disposicion de complacer á los que nos piden su continuacion.



Tipo de un Jefe de las tribus guerreras de los Coroados (Brasil.)

(La explicacion en el número próximo.)



Tipo de un Jefe de las tribus guerreras de los Botocudos (Brasil.)

(La explicacion en el número próximo.)

nas, se veian escluidas absolutamente de semejante beneficio. Estas últimas, por el contrario, libres de todas las exigencias del deber, frecuentaban los sitios mas concurridos, asistian á conferencias en que se trataba de filosofia, de politica, de bellas artes, é insensiblemente se aficionaban á estas materias, y hasta llegaban á cultivarlas con el aprovechamiento que les permitia la desenvoltura de su imaginacion. No faltaron algunas que, distinguiéndose por la riqueza de sus conocimientos y la apasionada elocuencia de su expresion, convirtieron sus espléndidas moradas en verdaderas academias del buen gusto, donde los poetas concurrían á ensayar el vuelo de su fantasia, y los filósofos á estudiar del natural las pasiones cuyos secretos revelaban al

mundo en sus tratados. Sócrates y Pericles se hallaron con frecuencia reunidos en casa de la célebre Aspasia, que sin duda contribuiría á desarrollar en el filósofo aquella admirable tendencia á humanitarios afectos que resplandece en sus obras, y en el hombre de Estado el buen uso que supo hacer de su prodigalidad, construyendo edificios que han sido la admiracion de las edades. Si en el trato de aquellas mujeres célebres adquirian finura los que se dedicaban á la política, y acrisolado gusto los que cultivaban las artes, unos y otros á su vez contribuían á engrandecer la celebridad de sus amables maestras.

En aquel tiempo el gobierno de la Grecia venia generalmente á parar á manos de los que mas sobresalian en el arte de la persuasion; la elocuencia era el supremo talento. Ejerciendo aquellas célebres cortesanas el májico predominio de sus atractivos en el ánimo de los oradores. ¿Cómo habian de carecer de cierta influencia en la gestion de los negocios públicos? Así es que ni el mismo Demóstenes, ni aquel mismo terrible enemigo de los tiranos pudo eximirse por completo de pagar tributo á la belleza enriquecida con los atractivos de la sociedad. A ese vehemente orador aplicaba en este sentido el pueblo de Atenas las siguientes palabras: «Lo que Demóstenes ha meditado durante el espacio de un año, lo desvanece una mujer en el breve término de una hora.»

Cierto es que las leyes y las instituciones públicas, al autorizar el retraimiento social de las mujeres, daban el mas alto valor á la santidad del matrimonio, pero en Atenas la imaginacion depravada por el lujo, y estimulada por la afición á las bellas artes y á los placeres, puede decirse que se hallaba en contradiccion con las leyes. El vicio que rebotaba sin dejar huella en el hogar, á nadie escandalizaba; solo el que fermentaba en el seno de la familia se consideraba como un atentado contra la sociedad. Por una extraña coincidencia, sin ejemplo tal vez en la historia, al paso que los hombres, los padres de familia eran corrompidos, dominaba la mas austera pureza de costumbres en el seno de su hogar. Diríase que la poética imaginacion de los atenienses no consideraba á las cortesanas como mujeres, y que el honor que concedia á este sexo por sus virtudes lo tributaba á las otras por sus atractivos personales.

Asi se esplican las ovaciones de que alguna vez aquellas fueron objeto. De otra manera, nadie podría comprender cómo seis ó siete de los mas eminentes escritores consagran sus plumas á celebrar las cortesanas de Atenas; como los tres mas ilustres pintores dedicaron únicamente sus pinceles á reproducir sus gracias en el lienzo, ni cómo llegaron á figurar como heroínas en las composiciones de los mas elocuentes poetas. Mucho nos cuesta creer que los mas ilustres varones intrigaron á porfia para lograr ser admitidos en la sociedad de aquellas mujeres; ni que Aspasia llegó á ser árbitra de la paz y la guerra, ni Phrine mereció una estatua de oro que se colocó entre las de dos reyes, y que sus cenizas fuesen honradas encerrándolas en suntuosos mausoleos. «El viajero que llega á las inmediaciones de Atenas, dice un escritor de aquella época, y ve en la márgen del camino aquel sepulcro que desde lejos atrae las miradas por su magnificencia, se imagina que es un monumento levantado en honor de Milciades, de

Pericles, ó de cualquiera otro de los que tan grandes servicios han prestado á la patria: se acerca, lee el epitafio, y al leer el nombre de una cortesana, no puede menos de exclamar con cierta especie de indignacion. ¿Son estas las almas heroicas que tanto honor merecen por parte de este pueblo?» Teopompo, hablando á Alejandro de este mismo mausoleo en una carta; le decia:

«Tales demostraciones de honroso aprecio, se tributan á una cortesana despues de su muerte, en tanto que ninguno de los que han fallecido en Asia combatiendo por tí y por la salvacion de la patria tiene una tumba, ni siquiera el recuerdo de que se haya querido honrar sus cenizas.» Tales eran los homenajes que aquel pueblo entusiasta, volun-

tuoso y sensible tributaba á la belleza. Dejándose llevar de su imaginación mas bien que de la influencia de las costumbres, y rigiéndose por leyes mas bien que por principios; desterraba á sus grandes hombres, honraba á sus cortesanas, condenaba á muerte á Sócrates, se dejaba gobernar por Aspasia, velaba por la moralidad del matrimonio, y al mismo tiempo colocaba la estatua de Phrine en los templos.

Entre los romanos, pueblo austero y grave, que por espacio de quinientos años desconoció los placeres y las bellas artes, y que en medio de los arados y los campamentos no se ocupaba mas que de cultivar la tierra ó conseguir victorias, las costumbres de las mujeres conservaron por largo tiempo el carácter de aquella austera severidad, sin mezcla alguna de corrupcion ni apocamiento. El tiempo en que las mujeres romanas se dejaron ver en público forma época en la historia. Encerradas en sus habitaciones; allí entregadas del todo, en medio de su sencillez y grosera virtud, á los deberes de la naturaleza, y no concediendo nada absolutamente á lo que se llama distracciones, bastante bárbaras (de tales la ha calificado la refinada molición de las costumbres), para no saber ser mas que madres y esposas; castas, creyendo que no podían menos de serlo; sensibles sin haberse aventurado á fijar la definición de esta palabra, pasaban la vida en el retiro criando á sus hijos, educando para la república una raza de labradores ó de soldados, y manejando en altas horas de la noche alternativamente la rueca ó la aguja en beneficio de sus esposos. Sabido es que ningún romano se ponía vestido cuya tela no hubiera sido hilada por su mujer ó su hija, y que hasta el mismo Augusto, dueño del mundo, se complacía en dar ejemplo de esta veneranda y antigua sencillez. En aquella época, las mujeres romanas fueron respetadas, como en todos los países en donde hay integridad de costumbres. Sus maridos, al volver victoriosos de sus expediciones guerreras, las abrazaban con trasportes del mas íntimo afecto; como recuerdo de un acrisolado amor durante la ausencia, les traían los despojos de sus enemigos, y á su vista hacían alarde con noble orgullo de las heridas que en el campo de batalla habían recibido por la prosperidad del Estado y por la de ellas mismas. Alguna vez se vió al que había mandado Reyes sometidos por la fuerza de las armas, honrarse de obedecer en el interior de sus casas á la virtuosa matrona que fielmente había velado por su honor durante la ausencia. En vano las leyes severas daban al marido el derecho de vida y de muerte; las mujeres, mas poderosas que las mismas leyes, dominaban á los mismos que habían de determinar su aplicación. En vano la ley, previniendo las necesidades que no existen sino entre los pueblos corrompidos, permitía el divorcio. El divorcio, autorizado por la ley, era reprobado por las costumbres.

Tal era el benéfico imperio de la belleza antes que la exageración del culto que se le quiso tributar corrompiera al ídolo y al admirador.

(Se continuará.)

¡UNA TRISTE EPOPEYA!

(Cuadros episódicos del sangriento drama que se representa en Siria.)

(Continuación.)

X.

YOUSSEF-BEY.

Eran las once de la noche; el *khamzin* continuaba dejando oír sus gemidos, y la arenosa llanura ofrecía siempre el mismo lúgubre cuadro de horror y desolación.

A las once y media se alzaba la luna, cuya aparición produjo como una perturbación en la atmósfera: como por ensalmo se aplacó el viento, las nubes de polvo volvieron á alfombrar el suelo, y la luna se mostró tímidamente por entre una niebla de polvo. Empero ese momento de calma debía ser corto: el horizonte, tenebroso y cargado, anunciaba un momento de tregua tomado por el terrible huracán, mas bien que no el final de la tormenta; además de que el *khamzin* nunca concluye de ese modo. Sin embargo, inopinadamente

una de esas dunas de arena, la mas vasta y elevada, pareció abrirse por uno de sus flancos, y surgió una sombra: era la de un hombre.

La luna, cuyos rayos caían de lleno sobre la abertura practicada, alumbró débilmente el interior, y á su pálido fulgor pudo verse como una especie de misteriosa gruta, en cuyo fondo confusamente se agitaban algunas sombras.

El que acababa de surgir de ese antro, se volvió y llamó; otro hombre salió entonces á su encuentro; luego dos caballos conducidos del diestro avanzaron. El primero de los dos hombres consultó rápidamente la atmósfera y examinó el horizonte, volviéndose hacia el Sur-Este. De ese lado el cielo estaba negro.

—¡A caballo! dijo vivamente. Tendremos tiempo de ganar la montaña. Apercibo las cimas del *Ras-ab-Abiad* (cabeza blanca). ¡A caballo, Enrique! aun tendremos tiempo de alcanzar la montaña antes de la vuelta del *khamzin*, y entonces estaremos en salvo.

—¿Pero, y nuestros compañeros, Abul-Abbas? preguntó el segundo personaje, saltando sobre su montura.

—¡Han muerto!

—¿Todos?

—¿Creeis por ventura que pueda nadie escaparse del *khamzin* en medio de los desiertos arenales? Solo un milagro nos va á salvar. Si no me hubiese yo acordado casualmente de la gruta de *Al-Kantara*, esa guarida ordinaria de las panteras, y si no hubiese sabido descubrirla con tiempo, ninguno de los dos viviríamos á estas horas.

—¿Es verdad, me has salvado!

—No hablemos de esto; á galope, y ganemos la montaña.

Los dos ginetes partieron al galope. Velábase la luna, el *khamzin* volvió á soplar con nueva fuerza, y recomenzaba la tempestad....

—¡La mar, la mar!..... ahulló de pronto Abul-Abbas. ¡Ah, hemos ganado la montaña! Ya no tenemos que temer.

Efectivamente, los caballos empezaron á subir, y Enrique apercibió á su izquierda el inhiesto tallo de un palmero. Llegaron á un terreno cubierto de vegetación; la arenosa llanura quedaba atrás, el peligro había desaparecido.

Los dos ginetes exhalaban á la vez un suspiro de consuelo, y los caballos hicieron oír un relincho de alegría. Hombres y bestias tributaban gracias á la humanidad y saludaban su retorno á la vida.

Sin pérdida de momento, Abul Abbas se lanzó por un estrecho desfiladero; á poco un suave murmullo se dejó percibir, y Enrique, tirándose al suelo, exclamó: ¡agua, agua! —Ya habían transcurrido diez horas desde que aquellos hombres abandonaron los pozos y que luchaban contra el *khamzin*, sin poder hallar ni una gota de agua.

—¡No bebais! repuso Abul-Abbas, conteniendo á Enrique y mostrándole á los dos caballos con los cuellos alargados pero sin beber, respirando si la frescura del agua, invitándole á seguir el ejemplo que le daba el instinto de esos dos animales, y que aguardase á que su sangre estuviese menos efervescente y menos seca su garganta, porque, repetía:

—¡Beber ahora, sería morir!.....

—Abul-Abbas tiene razón, dijo una voz: el agua os sería fatal; dejad que os haga servir café.

El cazador de panteras se volvió bruscamente, llevando instintivamente la mano al puñal. La noche era oscura, y no se distinguía nada á pocos pasos; con todo vió un bulto que se acercaba á ellos, y abandonando el puñal, exclamó con júbilo:

—¡Youssef-Karam!.....

—El mismo, respondió la voz: Youssef, que tú debías volver á hallar en *Joughi*; Youssef, que te ha creído sepultado por el *khamzin*, y que acudía en tu auxilio; pero en fin, estás salvado. ¡Que nuestro Dios te bendiga!

—¿Estás solo aquí?

—No, mi campo está vecino.

—¿Tú campo? repitió Abul-Abbas con sorpresa.

—Sí, 2,000 maronitas tengo conmigo en la montaña.

—¡Pobres maronitas perseguidos! ¿No es verdad?

—Nada de eso, dijo vivamente Youssef con tono altivo, sino soldados que persiguen.

—¿Cómo! ¿Has podido organizar un cuerpo de Ejército?

—Ven conmigo y lo sabrás todo: venid señores añadió Youssef dirigiéndose á Enrique, vais á tener cuanto necesitáis para reponeros.

—¿Tú gente está armada? preguntó el cazador de panteras.

—Todos: y en cuanto á su adhesión y bizarría yo respondo.

—¡Ah! entonces podemos acometer.

—¡Verdad es que somos 2,000 hombres decididos á pelear pero contamos mas de 200,000 enemigos!

—No importa, muchas cosas pueden acometerse con 2,000 hombres, y hacer huir un Ejército de asesinos. ¡Gracias Youssef, has sido hombre de palabra!

—El cazador de panteras, cogiendo del brazo á Enrique, se lo llevó rápidamente.

Los tres se internaron en la montaña. Continuaba soplando con violencia en *khamzin*, pero sus acometidas no eran ya mortales.

Youssef-Karam, nuevo personaje que presentamos en escena, no es una creación de nuestra fantasía, pues existe en la actualidad, y hace seis meses que los cristianos le deben grandes servicios por haber vigilado por la seguridad de los viajeros en los caminos de Trípoli y Alexandretta, Youssef, es hijo de un simple *cheik* maronita, (especie de alcalde de lugar), pero es un hombre despejado, valiente, y notable por mas de un concepto. A estas horas muchos cristianos le deben la vida.

—¿Y qué novedades ocurren por aquí? preguntó Enrique.

—Que las degollinas continúan á la orden del día.

—¿Y en Zahale que acontece? añadió Abul-Abbas.

—Reducida á cenizas, los drusos lo han destrozado todo. En Saida prosiguió Youssef, la degollina empezó ayer, y en Damasco tal vez mañana den principio.

—En Damasco, exclamó Enrique, pegando un brinco.

—Pues allí es donde se halla el Jefe druso mas feroz, el *cheik* Malhoun-Khathoun.

—Quien, ¿el que dirigía los degüellos en Deir el-Kamar, junto con Pagah Osman ben-Assah y el turco Kurdich-Bajá?

—El mismo.

—¿Y sabes tú que el *cheik* hizo prisioneros, á los que condujo á la montaña?

Enrique, derecho, se estremecía esperando la contestación con una ansiedad espantosa.

—Sí, repuso Youssef; y los mismos que ha hecho degollar.

—¿Todos?

—Todos, esceptuando dos mujeres.

—¡Por Dios!... Insistió Enrique con la mayor ansiedad y saltándose los ojos de las órbitas:—¡Los nombres, los nombres de las que no han sido muertas!...

—Ignoro sus nombres, lo único que sé es, que la una es hija de un negociante francés, y la otra hija de un judío.

Enrique exhaló un suspiro de consuelo y estrechó las manos de Abul-Abbas.

—¡No me habías engañado murmuró!...

—Pero, añadió Youssef sin hacer alto en las señas que le daba Abul-Abbas

—Mas las hubiera valido tal vez á esas doncellas que las hubiesen muerto.

—¿Por qué? preguntó Enrique perdiendo su momentánea serenidad, y poseído otra vez de un nuevo terror.

—Porque tocante á la judía solo la conservan por el interés del gran rescate que puede dar; y respecto de la otra, es aun peor, porque Malahoun-Kathoun la ama, y no hay mas que preguntar á los habitantes de Damasco lo que pasa en el harén de ese caudillo.

Enrique estaba cada vez mas pálido y trémulo, y exclamó con acento conmovido dirigiéndose á Abul-Abbas.

—¡Es preciso partir!...

—Partir, dijo Youssef.

—Es preciso que acto continuo nos pongamos en camino.

—¿Y dónde quereis ir?

—A Damasco, repuso Enrique.

—¡El camino está plagado de drusos!

—Pasaremos por medio de ellos.

—Pero es que la misma ciudad se halla en poder de los musulmanes y los drusos.

—¡Qué importa! tambien entraremos.

—Es que los degüellos van á comenzar en Damasco en seguida.

—¡A caballo, Abul-Abbas! ¡A caballo, exclamó Enrique!...
 —Pero si correis á la muerte, á una muerte segura.
 —La hallaremos, convenido, pero á pesar de todo, es preciso marchar...
 El cazador de panteras estaba de piés.
 —Permaneced mas bien entre nosotros, dijo Youssuf, y respondo de vuestra seguridad.
 —¡A caballo! ahulló Enrique por toda respuesta saltando sobre su montura.

(Se continuará.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

DIQUES FLOTANTES.

Para el servicio de nuestra marina, cuyos rápidos y acertados progresos se dan por sí propios á conocer hasta de los mismos profanos en la materia, se están construyendo en Inglaterra dos diques flotantes, con arreglo á los planos de los señores Jorge Reuníé é hijo, de Londres. Estos diques, cuya representacion damos en un grabado, pueden seguramente ser considerados como una de las mas ingeniosas creaciones de los tiempos modernos, y de reconocida utilidad, sino absolutamente necesarios para la construccion de naves de guerra de alto bordo, y de fragatas de coraza.

Hé aquí algunos detalles acerca de tan interesante particular.

Ambos diques están contruidos de placas de hierro combinadas de modo que forman 20 compartimentos cerrados al agua, no siendo la conducida por un tubo que partiendo del lado de cada uno de ellos, va á parar á una localidad que se llama cámara de la bomba. De esta manera se consigue llenar ó vaciar de agua cada compartimiento con la mayor facilidad.

La dimension de la base de cada uno de estos diques que se están construyendo, uno para el arsenal del Ferrol y otro para el de Cartagena, es en esta forma.

Ferrol.—Longitud 330 piés, anchura 105, altura 12.

Cartagena.—Longitud 520 piés, anchura 105, altura 11.

La fuerza de estos diques, es tal, que pueden sostener ó elevar buques de 6,000 á 7,000 toneladas. Muros, si así pudiesen llamarse, huecos forman sus costados, siendo perpendiculares en la parte exterior y en forma de plano inclinado, esto es, con gradas como los demás diques en la interior. Las dos estremidades longitudinales no tiene puerta ni cosa alguna con que poder cerrarse. El mecanismo para llenar ó aligerar de agua los compartimentos se encuentra colocado en la cara superior de los muros.

La entrada de un buque en estos diques, se verifica poco mas ó menos del mismo modo que en los demás, pues llenándose de agua los compartimentos, hacen que el dique se incline lo bastante, para que el buque pueda entrar. Fíjanse los puntales, á proporcion que el dique vuelve á levantarse, que como es fácil de comprender, se verifica á medida que se va retirando el agua de los compartimentos. Es de advertir, que la contenida en la cavidad ó hueco de los muros, no necesita ser estraída con la bomba, pues se marcha al paso que el dique se levanta hasta ponerse en posicion horizontal, cual convenga á las obras que se hayan de hacer. La salida del buque tiene lugar de la misma manera, esto es, inclinándose lo suficiente el dique para dejar á flote el buque.

SILLA DE GUERRA PERTENECIENTE AL CID RUI-DIAZ DE VIVAR, EL CAMPEADOR.

Dos eran las sillas existentes en la Armería Real, sobre las que la tradicion, desde tiempos muy antiguos, hacia recaer la consideracion de haber servido al CAMPEADOR en los terribles trances que á tan sublime altura elevaron su nombre.

El culto histórico que á ese precioso objeto se tributaba, exigía que la critica se ocupara de demostrar cuál de las dos era en realidad la que lo merecia. Hechas escrupulosas investigaciones por personas tan competentes como el erudito D. Diego Clemencin; tenida en cuenta la ornamentacion de las chapas puramente bizantina y formada de conchas de peregrinos, y el testimonio de un pergamino viejo pegado

debajo de la chapa del arcon zaquero, puede con bastante probabilidad afirmarse que la silla que perteneció al famoso guerrero castellano debe ser la designada con el núm. 2,511, cuyo dibujo es el que presentamos. El mal estado del forro antiguo ha exigido últimamente que se le pusiera otro de terciopelo carmesí.

ESTADÍSTICA CRIMINAL.

Con mucha satisfaccion hemos visto el volúmen en fóllo que contiene los datos pertenecientes á la Estadística criminal, durante el año de 1860, y que la ilustrada atencion del Sr. Director del ramo, nos ha hecho el apreciable obsequio de remitir.

La riqueza de datos, la claridad y órden de la esposicion que se echan de ver en ese importante trabajo, y hasta su forma y ejecucion tipográfica, lo hacen figurar dignamente, sino con ventajas, al lado de las mejores producciones de este género que se publican oficialmente en los paises extranjeros.

Por consiguiente, dejando aparte el dar las gracias á dicho Sr. Director, por la atencion que como individuos de la prensa ha empleado con nosotros, le felicitamos cordialmente por el feliz desempeño de una obra de interés general, y que indudablemente debe haberle costado penosos desvelos hasta poder llegar á ser reproducida de una manera que nada deja por desear, como acaso tendremos ocasion de demostrar en alguno de los números sucesivos.

LOS CAZADORES DE BISONTES.

CAPITULO XV.

Sitiado por una manada de pécares.

(Continuacion.)

Di la vuelta á la casa y vi á los pavos salvajes en gran número, buscando en los surcos de un maizal los granos perdidos durante la cosecha. Estaban muy lejos y fuera de tiro, por lo cual me vi obligado á avanzar en el rastrojo para acercarme mas á ellos.

No tardé en descubrir que al mismo tiempo que iban corriendo, se dirigian hácia el bosque, en el que, segun mis conjeturas, buscarian la entrada por cierto paraje. Yo pensaba que si podia llegar antes que ellos, estaria seguro de hacer la puntería á mi gusto. No tenia mas que volver atrás y dar un pequeño rodeo en el campo, teniendo cuidado de ocultarme. De esta manera me encontraria delante de ellos; pero para lograrlo, necesitaba llegar á tiempo bajo los primeros árboles del bosque.

Fuí adelante sin perder un minuto, y á la carrera casi todo el camino, llegué al paraje favorable.

Estaba á una milla poco mas ó menos del domicilio de mi amigo, porque el rastrojo era vasto, no hallándose otros semejantes en las plantaciones de estas comarcas occidentales. Los pavos salvajes avanzaban en frente de mí, pero todavía bastante lejos, porque yo los habia adelantado. Tuve todo el tiempo necesario para elegir un tronco de árbol donde ocultarme fácilmente para esperarlos. Me habia colocado en términos que las anchas hojas de algunos copudos arbustos que velaban mi emboscada, me ocultaran enteramente.

Apenas instalado allí algunos minutos, un ligero ruido llamó mi atencion. Volví la vista y vi salir debajo de un monton de yerbas secas, el cuerpo alongado de una serpiente. Hasta entonces no habia podido ver su cola, pero la forma de la cabeza y las manchas particulares que cubrian su lomo, me convencieron que era una serpiente de cascabel con franjas uniformes. Se iba deslizandose poco á poco hácia un paraje descubierto, probablemente con objeto de ganar una maleza que se hallaba cerca. Yo la habia hecho salir de su asilo, meneando el tronco de árbol debajo del cual estaba tomando el sol, y se alejó en busca de otro abrigo.

Mi primer pensamiento fué seguir á este horrible reptil y matarle; pero viniendo á reflexionar que obrando así seria

percibido por los pavos salvajes, me resolví á permanecer inmóvil y dejar escapar al crótalo.

La seguí sin embargo con la vista mientras que ella se iba arrastrando lentamente (porque esta especie particular de serpientes de cascabel, no tiene un movimiento muy vivo) hasta el momento en que llegó en medio del espacio descubierto. Despues volví á fijar toda mi atencion en los pavos, que estaban ya casi á tiro de mi escopeta.

Me preparaba á disparar, cuando vino á herir mis oídos un ruido muy extraño, semejante al gruñido de un cerdo. Provenia del paraje descubierto y naturalmente dirigí mi vista hácia este lado.

Salió entonces de los matorrales un animalito bastante curioso. El hocico largo y aguzado, la carencia total de cola, el lomo levantado y el collar amarillo que rodeaba sus espaldas; todo contribuyó á hacerme reconocer en él un pécar.

Mientras que le examinaba con atencion, se reunió á él otro, despues un tercero y así sucesivamente hasta que por fin tuve delante de mí un número considerable.

Al ver el primero, la serpiente, llena de espanto, se habia aplastado contra el suelo haciendo todos los esfuerzos por ocultarse entre la yerba. No pudo conseguirlo por estar el terreno recubierto de céspedes acabados de recortar.

El pécar la habia apercibido é inmediatamente se levantó sobre su cuarto trasero; su cabellera se encrespó y sus cerdas, siguiendo igual movimiento, se erizaron sobre todo su cuerpo, se hubiera creído ver un cepillo abundante en cerda. Un instante habia sido suficiente para operar esta trasformacion exterior, y me apercibí que el aire estaba impregnado de aquel olor desagradable que esparce este animal cuando está furioso, y que provienen de una glándula colocada en las partes inferiores. Sin detenerse un momento á reflexionar, se precipitó sobre su enemigo colocándose á tres piés de él.

Viendo la serpiente que la era imposible ocultarse, se plegó en sí misma y se puso á la defensiva. Fosforecian sus ojos, el ruido de su cascabel se escuchaba casi sin interrupcion, mientras que su cabeza levantada se lanzaba con rápidos movimientos hácia su agresor.

Estas demostraciones atrajeron á la manada entera de pécares. Formaron un círculo alrededor del reptil, y no sabiendo este á quien atacar, giraba la cabeza en todas direcciones. Los pécares permanecian inmóviles con el lomo levantado, los piés unidos como gatos enfurecidos y lanzando una especie de quejidos agudos. Por último, el que habia llegado el primero dió un arranque repentino, y con los cuatro piés á un tiempo, se precipitó sobre el cuerpo enroscado de la serpiente, otro le siguió y despues un tercero hasta que por fin pude ver el cadáver del reptil estendido en toda su longitud, y palpitando en una convulsion de agonía.

Murió algunos instantes despues estrangulada por las pezuñas de los pécares. Los cuadrúpedos la abrieron entonces con sus dientes y haciéndola trozos la devoraron.

Tan luego como percibí los pécares, no volví á pensar mas en los pavos, mis municiones estaban destinadas para otra caza. Podia hallar pavos en todo tiempo: pero no era cosa ordinaria ver todos los dias un pécar. Yo me cosí al árbol, y alzando con precaucion mi escopeta, apunté al berraco mas grueso de la manada y disparé.

El animal lanzó un bramido al que correspondieron los de todos sus compañeros, le vi caer en tierra muerto ó herido; pero no tuve tiempo para asegurarme de ello. Apenas se habia disipado el humo, cuando vi á toda la manada de pécares, que en lugar de escapar como lo esperaba, venia hácia mí á gran galope.

En un instante me vi rodeado por todos estos furiosos animales que saltaban irritados cerca de mí, lanzando una especie de quejidos y castañeteando los dientes.

Me empujaba lo mas que me era posible á lo largo del tronco del árbol, pero este mismo abrigo no estaba muy seguro. Los pécares me atacaron con furia: con la culata de mi escopeta los golpeaba, tirándoles al suelo; pero ellos volvian siempre á la carga y me mordisqueaban las piernas. Hicieron tantos esfuerzos, que por fin no me quedó ni un pedazo de mi pantalon.

Supe apreciar el peligro de mi situacion, pero lejos de abatirme, recurrí á toda mi energia. Con el auxilio de mi escopeta hacia un remolino continuo á mi alrededor; pero apenas habia echado por tierra á uno de estos furiosos cua-

drúpedos, le reemplazaba otro con mayor encarnizamiento. Me era muy difícil defenderme: y al mismo tiempo que combatía con el furor de un desesperado, daba gritos enérgicos reproducidos por los ecos del bosque. Yo ocupaba siempre la parte mas elevada del tronco del árbol, al menos allí estos animales no podían atacarme todos á la vez, y podía defenderme mejor de ellos que en otro paraje. Sin embargo, á pesar de esta ventaja, tenía que resistir asaltos tan repetidos, dejándome tan poco descanso mis enemigos, que veía llegado el momento para mí de caer desfallecido entre sus colmillos.

Sentía agotarse mis fuerzas, comenzaba á desesperar, cuando haciendo dar vuelta á mi escopeta alrededor de mi cabeza para dar mayor impulso á mis golpes, tropezó con una cosa detrás de mí. Era una rama de árbol que pendía á dos pies de mi cabeza: me ocurrió una idea feliz. ¡Si yo pudiese subir al árbol! me decía. Como yo sabía que los pécares no podían subir, comprendí que en este caso me hallaría seguro.

Levanté los ojos; la rama estaba cerca de mí, la así inmediatamente, empleé en un esfuerzo supremo toda la energía que me quedaba y trepé al árbol.

Habia logrado sostenerme sobre la rama principal: una vez allí me senté en ella, respiré á mis anchas. ¡Estaba en salvo!...

Permanecí algun tiempo sin pensar mas que en descansar, quedé inmóvil por espacio de una media hora antes de moverme en mi refugio. De tiempo en tiempo miraba hácia abajo; los pécares, lejos de retirarse perseveraban en sus ataques y corrían en todas direcciones alrededor del árbol saltando desesperadamente y desgarrando la corteza con sus formidables colmillos.

Estos diablos me aturdián con sus desagradables gruñidos y los quejidos incesantes. Además estaba casi asfisiado por el olor que exhalaban, perfume nauseabundo que parecía á una mezcla de almizcle y ajo. Todo me afirmaba que lejos de pensar en retirarse estaban dispuestos á continuar el ataque.

De tiempo en tiempo iban á hacer un alto al paraje donde yacía aquel de los suyos que había muerto, y esta visita parecía redoblar su encarnizamiento, porque volvían gruñiendo con mas furor.

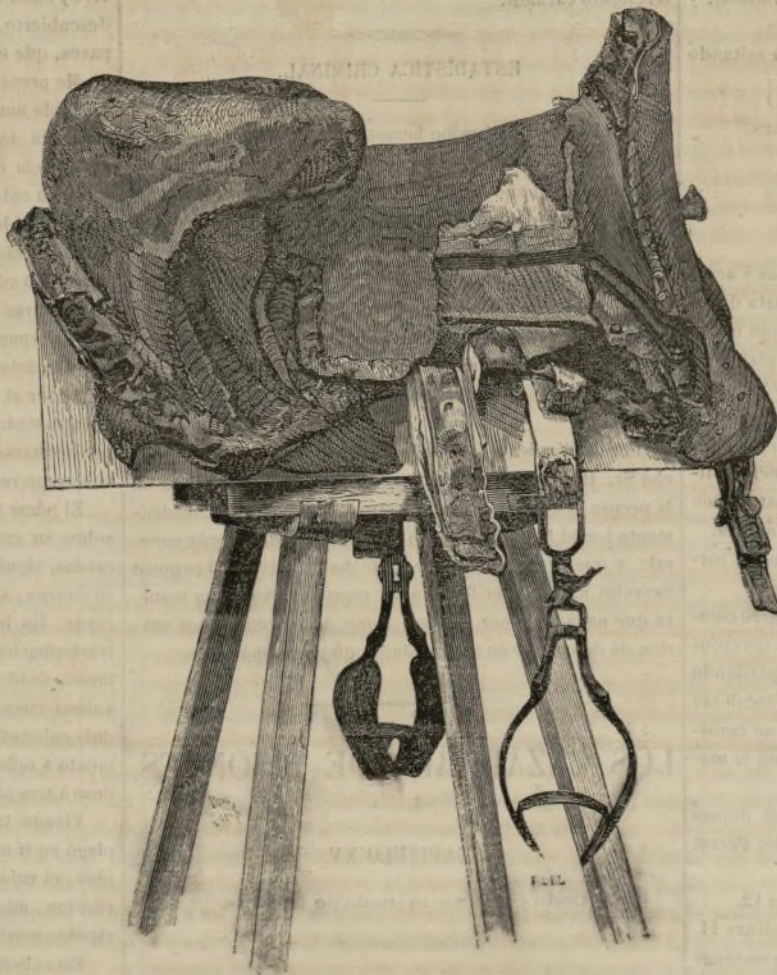
Pensé sin embargo que mi amigo debía estar levantado y esperaba que vendría sin duda en mi socorro; no era probable que tratara de buscarme, antes de que mi ausencia le hubiese causado algunas inquietudes. Su solicitud no podía despertarse sino despues de la llegada de la noche ó quizá hasta la mañana siguiente, pues sucedía algunas veces salir con mi escopeta y permanecer fuera veinticuatro horas.

Permanecía así en este incómodo asilo, ya dirigiendo mi vista á los furiosos animales que espiaban mis mas mínimos movimientos, ó ya hácia el gran maizal con la esperanza de descubrir algun pasajero. Sin embargo, una idea loca me cruzaba por la cabeza y era que quizá al día siguiente no pensarían en mí.

Podía perecer de hambre ó de sed; estas dos necesidades empezaban ya á acosarme. Si quedaba vivo ¿no podía perder todas mis fuerzas de manera que me fuese imposible permanecer encaramado mas largo tiempo?

El asiento que yo había elegido, estaba muy lejos de ser cómodo; el árbol era pequeño y la rama delgada, tenía ya las piernas desolladas, podían faltarme las fuerzas, languidecer... ¡y entonces!...

Estas reflexiones eran terribles, y cuando me venían al espíritu, lanzaba hondos y ahogados suspiros, y gritaba desesperadamente con el deseo de ser oído.



Silla de guerra del Cid Rui-Díaz de Vivar, existente en la Real Armería.
(Véase pág. 59)

Hasta entonces no había pensado en hacer uso de mi escopeta, aunque instintivamente no la había soltado, la tenía conmigo en lo alto del árbol. Me bastaría tirar algunos tiros y mi amigo ó otra cualquier persona hubiera oído el ruido de la detonación.

Me sostenía lo mejor que me fué posible sobre la rama, y cargaba con pólvora sola mi escopeta. Iba á disparar, cuando reflexioné que sería mejor disminuir el número de mis sitiadores, metí una bala en el cañón, apunté á uno á la cabeza, dejé escapar el tiro y el pécar cayó.

Un segundo pensamiento me iluminó repentinamente. Si yo pudiera hacer sufrir á la manada entera la misma suerte que á este segundo.

Efectivamente, ellos mismos me presentaban una ocasión favorable para atacarlos, porque la muerte de los dos primeros no había espantado á los otros, por el contrario, se habían apiñado alrededor del árbol, levantado sus hocicos y dando quejidos cada vez mas agudos. Volví á cargar mi escopeta y disparé. Hubo un enemigo menos.

Recobré mi corazón la esperanza. Conté mis balas, examiné mi frasco de pólvora: tenía unas veinte de las primeras y pólvora en abundancia. Seguí contando uno por uno los pécares, diez y seis se hallaban todavía en pie y solamente tres habían muerto.

Volví á cargar y disparé, volviendo á empezar cada vez con mayor ardimiento.

Apuntaba con tanto cuidado, que por fin no desperdicié mas que un solo tiro.

Cuando terminé mi cacería, bajé del árbol y me encontré en medio de un montón de cadáveres. Se hubiese creído que era un basto matadero. Diez y nueve de estos animales yacían alrededor del árbol y la tierra estaba inundada con la sangre.

En este instante llegó á mis oídos la voz de mi amigo, le

vi de pie, inmóvil, con los brazos extendidos como en ademán de admiración, y abría los ojos desmesuradamente.

Esta hazaña fué prontamente estendida en toda la colonia, y desde entonces fui considerado como el mas célebre cazador de Trinity-Bottom.

CAPITULO XVI.

Una caza á las ánades.

Al día siguiente vimos durante nuestra marcha algunas bandadas de palomas torcaces, en las que hicimos algunas bajas. Estas aves acabadas de matar, renovaron nuestras provisiones con gran placer nuestro, porque empezábamos á cansarnos de nuestro jamon salado. No podía menos de gustarnos un pastel á lo Lanty, bien cocido y á punto. Sabíamos ya detalles suficientes sobre las palomas; por eso no hablamos mas de ellas. Las ánades fueron el testo de nuestra conversacion, en la que recaímos á causa de un nuevo incidente de caza. Habíamos sorprendido este día una bandada de pequeñas ánades de verano (*anas sponsa*), y habíamos matado algunas. No fueron, sin embargo, esos pequeños patos los que llamaron nuestra atención; nos ocupamos exclusivamente de la especie célebre conocida con el nombre de canvas-vack (*anas balisneria*), ó de otra manera dicho, ánade-caballo.

En el número de dos docenas de especies de ánades salvajes de la América, ninguna tiene mas reputación entre los cazadores y gastrónomos que la que se conoce vulgarmente con el nombre de *canvas-vack*. Se hace hasta menos caso del ánade de plumon, porque los americanos se cuidan poco de cama y almohadon de pluma. Pero la carne delicada y sabrosa de la primera es universalmente apreciada, y los aficionados á buena carne la dan la primacia sobre todas las demás, á escepcion del hortelano y del faisán de las praderías. Estas dos aves disfrutan de una reputación igual á la del acuático de esta especie.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Con este número recibirán nuestros señores suscritores la lámina que mensualmente tenemos el gusto de regalarles. La que ahora les ofrecemos pertenece al mes de enero y representa el palacio de Zurita en la provincia de Santander.

CONDICIONES Y PRECIOS DE LA SUSCRICION.

El PANORAMA UNIVERSAL, Mundo Militar, sale todos los domingos. Cada número consta de 24 columnas de lectura en ocho páginas de 4 3/4 centímetros de largo y 2 1/2 de ancho.

PRECIOS.

En España.

1 mes.	40 reales.
3 id.	28
6 id.	57
1 año.	96

En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses.	100 reales.
1 año.	190

En Filipinas y el extranjero.

6 meses.	140 reales.
1 año.	260

Se suscribe en Madrid en la Administración, calle de San Bernardino, núm. 7 y en las librerías de Moro, Puerta del Sol; Durán, calle de la Victoria; Bailly-Baillière, calle del Príncipe; Lopez, calle del Carmen, y Olamendi, plazuela de Pontejos.

En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos. NOTA. No se servirá suscripción alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los correspondientes, á cuyo aviso no se acompañe el importe. Los números sueltos se venderán á 4 rs.

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYTIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.